

con la heterogeneidad del público que va a asistir a sus espectáculos dirigidos a la mayoría. En este aspecto el tipo de teatro que más resultado les ha dado ha sido la farsa, donde se permiten emplear un lenguaje directo, asequible y que tenga connotaciones del mundo inmediato, de la realidad que nos rodea.

La respuesta del público a sus espectáculos ha sido, durante todos estos años, francamente positiva, como así lo demuestra el que continuamente se les llame para actuar, o la decidida participación del espectador en los coloquios que se organizan tras algunas representaciones.

## EL COLECTIVO

Un trabajo colectivo figura en el haber de «Tierra Seca». Una obra realizada a partir de las propuestas de los miembros del grupo, «Como todos los días». Con ella se pretendió pasar revista a los problemas inmediatos y cotidianos del hombre extremeño. Se arrancó, para el trabajo, de una estruc-



ALCANTARA 52

tura narrativa que tomaba como base el día. Amanecer, mañana, tarde y noche. A la vez se creaba un paralelismo correspondiente al ciclo vital. A esta estructura, y una vez concretizadas las diversas escenas de la obra, se incorporaron una serie de poemas de diversos autores españoles. «Como todos los días» es, sin duda, un interesante experimento teatral y uno de los mejores trabajos realizados por el grupo. Un trabajo que, a partir de la improvisación, dio unos resultados de calidad indiscutible.

## LAS CAMPAÑAS

En el año 1973, con «Asamblea General», «Tierra Seca» organiza la primera campaña de teatro por las escuelas, cuyo objetivo es difundir el teatro entre los escolares. Los resultados son ampliamente positivos.

En el 75 repiten la experiencia con «El hombre de las cien manos», obra con la que realizan su segunda campaña.

Y es ahora, en este año, cuando están embarcados en

su tercera campaña, de la que llevan hechas algunas representaciones con la obra «Asamblea General», de la que se ha hecho un nuevo montaje.

¿Cómo funcionan estas campañas? Se invita a distintos centro escolares y se les ofrece una representación. Estas representaciones se suceden durante un tiempo y en distintos lugares. Entre los objetivos de las campañas figura el de recabar información entre los niños mediante las redacciones o dibujos de que antes hablaba. Las campañas han de estar subvencionadas para poderse realizar, ya que los gastos que originan son bastante grandes.

«Tierra Seca» ha acudido para poder sufragar esta tercera campaña de teatro por las escuelas a la Institución Cultural «El Brocense», de la Diputación Provincial, de la que han recibido una firme promesa de apoyo.

## LA CONTINUIDAD

Dado el arraigo que ha conseguido a lo largo de tantos años entre la gente, el grupo «Tierra Seca», es obvio que tiene por delante toda una tarea que realizar y están dispuestos a ello. Para que esto sea así, que duda cabe que es necesario un apoyo y un interés por parte de instituciones culturales u organismos interesados por el tema. «Tierra Seca» es un grupo que ya ha demostrado su valía, que ha abierto una brecha cultural que, en absoluto, hay que despreciar. «Tierra Seca» lleva nueve años luchando por humedecer nuestra tierra. Que esto no caiga en el olvido.

Leandro POZAS

# A TRAVÉS DE LA NOCHE SOLITARIA

(CUENTO)

POR:

JOSE MARÍA BERMEJO

Alquiló un chalet de veinticuatro habitaciones y lo fue amueblando con un mimo furioso durante seis largos meses —de febrero a julio— hasta convertirlo en una selva de barrocos caprichos en la que cohabitaban estatuas griegas, ídolos incaicos, alfombras de Ispahan, delicadas vajillas de cristal de Bohemia, faunas terroríficas, trofeos de caza, bodegones zurbaranescos y una infinita colección de cajas de música a las que daba cuerda durante toda la mañana para abrirlas minuciosamente y sucesivamente al atardecer... A esa hora me citó a través de un misterioso enano que vino a verme al periódico y desapareció en un lujoso y trasnochado «De Dion-Bouton» muy parecido al que Marcel Proust intentó venderle a la duquesa de Guermandes. Previamente, el fastuoso inquilino había rido, a través de terceras personas, el inmenso soborno que nos arrastraría a los dos a una gloria opuesta y disparatada.

Las cabeceras de los grandes diarios habían sacudido a la opinión con unos enormes titulares que hablaban del impacto mundial de «Minotauro», la novela que había logrado derribar en veinticuatro horas de nerviosas reuniones inútiles al gobierno más poderoso de la tierra. Bajo los titulares capciosos y sensacionalistas a toda plana, un sumario explicaba que el presidente y sus doce ministros se habían hecho el «harakiri». Seguía, en el cuerpo de la noticia, un relato hábilmente tramado sobre el autor —un tal Mr. Harrison—, un resumen intencionadamente confuso de la obra, y al final, en una postdata en recuadro, la gran payasada: un autógrafo del propio Harrison advirtiendo que sólo concedería una entrevista —en rigurosa exclusiva mundial— al periódico que él eligiera. Era evidente que todo ese infundio, con su cortejo de torpezas, de sobornos y de ridícula y desaforada vanidad, era obra de un loco, pero los millones de dólares habían inundado previamente las arcas de la prensa y siempre había la tirada de una segunda edición que corrigiese ese desatino. No hubo tal edición, porque la gente se lanzó a la calle buscando esa novela apócrifa, después de haber agotado la tirada de los periódicos, forzándolos a sacar hasta treinta ediciones con los mismos titulares desaforados.

¿Quién se iba a atrever a insinuar siquiera la rectificación? Hubiera sido suicida no sólo por los tumultos que podrían provocar, sino también porque detrás de todo eso había una mano de hierro y de terciopelo que movía los hilos de la tragicomedia.

En el periódico donde yo trabajaba como simple peón de mesa lo tomamos a risa, pero sin comprender cómo esa noticia, que sólo merecía el vilipendio de las papeletas, había podido subir a portada con máximos honores tipográficos. El hecho de que no fuera día de inocentes le daba a la broma un ligero matiz inquietante, que desaparecía al releer ese texto ridículo. Cuando al día siguiente la portada reasumió la discreta normalidad de la rutina —«Secuestro de un avión belga en Fiumicino»—, la «bomba» de Mr. Harrison parecía el silencioso estallido de una petunia cuando florece. Al llegar al periódico escruté, malhumorado, todos los diarios del día, incluso sometiendo al tormento de los anuncios por palabras. Nada. Ni una palabra sobre Mr. Harrison, sobre su explosiva novela o sobre el entierro del diminuto gobierno fantasma. Los libreros, que se habían visto asaltados el día anterior por una muchedumbre eufórica y desalmada, se negaron a abrir las tiendas ante el temor de una nueva avalancha llegada de provincias. Ninguno de ellos sabía una palabra de «Minotauro». Al magnífico le habían fallado los circuitos comerciales o los había eludido con astucia. Pero, ¿adónde me arrastraba mi imaginación? Tras el nombre sonoro de Harrison no había más que una entelequia. ¿Quién era Mr. Harrison? ¿Dónde vivía? ¿A quién le iba a conceder esa falsa exclusiva? Evidentemente no existían ni Harrison, ni la novela, ni la sombra alargada del cuerpo del cochero.

Me puse a trabajar con los teletipos que sólo transmiten tedio, coquetearías de alta política, pequeñas catástrofes que siempre pasan lejos, previsiones del tiempo que obligan a buscar el paraguas si anuncian «seco y soleado», en fin, esas inocentes mentiras que amargan el desayuno de mañana... Estaba metiéndole la tijera a un aburrido discurso de Cortes, cuando entró un orde-

nanza a decirme que me esperaban en la sala de visitas. «Algún pelma -dije para mí—, alguno de esos espantapájaros ociosos que vienen a traer comunicados, algún vanidoso señor de bigotito que quiere contar su ascenso, su nominación o su medalla póstuma...». Y ¿qué es lo que vi? Un enano de frac, un enano de guante blanco y zapatitos de charol que miraba a la puerta con un recelo sospechoso y luego me miraba a mí, de abajo a arriba, como si buscara una cabeza de turco. Pensé que venía a protestar. Pero, ¿qué era esa elegancia de miniatura china, esa voz de barítono que empezaba a hablar y atacaba con brío en la conversación con esa calculada mezcla de halago y de ironía, retrasando hábilmente el motivo de la visita. Aventuré un amago de impaciencia, y el enano tosió brevemente, como si preparase el ataque. Hubo un silencio opresivo, nos sentamos y encendí un Marlboro sin entusiasmo. Desde el fondo perdido del sillón me llegó, bruscamente, la oferta. Era yo el elegido por Mr. Harrison para la gran exclusiva. Me quedé de piedra, no sabiendo si cortar la conversación con brusquedad airada o con falsas y serviles excusas. Pero la voz abaritonada del enano repitió el mensaje marcando duramente cada palabra, como si le ofendiera mi duda. Después dijo, laconico: «Esta tarde, a las siete, en el chalet de la Generala. Máxima discreción. Irá usted solo. Nada de cintas. Bloc y bolígrafo. Mr. Harrison odia los micrófonos». Se levantó resuelto y me tendió una mano fría. Cuando quise darme cuenta y ensayar una tímida excusa, el enano había desaparecido en un «De Dion-Bouton» verde botella y yo me encontraba, cabizbajo, en el despacho del director. Le expliqué el asunto, con una torpeza defensiva, y esperé. El director, sin mirarme a la cara, ordenó secamente: «Vaya usted». Ese laconismo, que no admitía ninguna piedad retórica, me dejó abatido. ¿Por qué tenía que ir yo? Llevaba apenas dos meses trabajando en el periódico y sólo había publicado una serie floja de reportajes comparativos sobre la bolsa de la compra.

Todo el mundo sabe que odio las corbatas, pero la elegancia del enano y la sospecha de que el tal Mr. Harrison pudiera rechazarme por mi aspecto ácrata, me obligaron a elegir un traje gris y una corbata veneciana color granate (alguno de esos regalos absurdos de cumpleaños que recibimos con íntima y mal disimulada decepción). El taxi me dejó al pie de una verja corrida que delimitaba fastuosamente esos dos mil metros cuadrados de céspedes, arriates donde medran el mirto y el rosal, altos muros de ladrillo sofocados

de yedra y animales en libertad. Apreté el timbre y esperé a que el enano avanzara hacia mí por la sombreada avenida de cipreses que arrancaba al pie de la escalinata. No apareció nadie. La puerta de la verja se abrió sola, sin ruido, como apartada levemente por mano de ángeles. De pronto sentí terror. Estaba oscureciendo y tenía que salvar yo solo esa distancia que me separaba de la puerta principal, esos doscientos metros de fácil emboscada. A un lado y a otro del paseo de cipreses imaginé cuchillos, perros carniceros, guardaespaldas sin rostro, asesinos a sueldo, pozos ciegos para la impunidad. Del fondo de mi memoria subían, como burbujas venenosas, frases sin sentido que ahogaban la lógica terrible: «A las siete en el chalet de la Generala. Irá usted solo. Nada de cintas. Mr. Harrison odia los micrófonos».

Me ajusté el nudo de la corbata «como si fuera esa noche la última vez», como deben ajustarse la cinta de seda al cuello los ahorcados exquisitos, y me dispuse a atacar esos doscientos metros con voluntariosa resignación. La grava crujía bajo mis pies. Cantaba un sapo melancólico en algún estanque. Sobre el tejado de la Generala enmudecía el crepúsculo color de tigre. Lejos —sobre praderas de bruno verdor— entreví el galope de caballos salvajes. Algo rodó ante mí, en la penumbra. Gatos en celo persiguiéndose, alas de paloma en vuelo bajo, tal vez la primera asechanza. Apreté el paso y alcancé la escalinata como si un viento invisible me hubiera arrastrado hasta allí. La puerta giró sola antes de que mis dedos agarrasen la aldaba de bronce que yo imaginé resonando adentro hasta un fondo sin fondo, rebotado el sonido desde los espejos. Entré en un zaguán desnudo y avancé. Otra puerta se abrió y otro zaguán me esperaba, idéntico, con otra puerta, con otro zaguán detrás, y así hasta diez o doce puertas y zaguanes sucesivos, como encajados unos en otros igual que cajas chinas. Por fin, me encontré en una sala ancha, de barrocos delirios, ahogada por

infinitos cuadros, con una biblioteca también infinita, cercada —desde fuera, contra los ventanales— por la unánime noche.

Fue entonces cuando empezaron a sonar a destiempo las infinitas cajas de música, montándose unas melodías sobre otras, entreveradas como las cartas de una baraja sonora en escalera, creciendo hasta crear una sensación de caricia cruel, de presagio y de enervante fascinación suicida. Me dejé abatir sobre un triclinio tapándome los oídos como Ulises ante el canto de las sirenas. Pero yo había leído que las sirenas tienen un arma mucho más terrible que su canto: su silencio. Temía ese estruendo voluptuoso de las cajas de música, pero temía mucho más el vacío que dejarían al irse apagando, porque ese silencio que urde la locura

presagiaba la resonancia de una voz terrible de la que ya no podría escapar. Tuve la sensación de que esas puertas que se iban abriendo solas, con una delicada cortesía irracional, se habían cerrado detrás de mí para siempre. Me sentí atrapado, apreté los dedos contra los oídos, abaté la cabeza, deseé morir. La música diabólica de las cajas me llegaba remota, apagándose ya, conjurando el silencio, la aniquilación. Cuando abrí los ojos y levanté otra vez el rostro y dejé libres los oídos, aún flotaba en la sala —como una morbidez venciéndose— el eco sobrepuesto, agrietado, de las últimas disonancias. Y fue entonces cuando la voz de Mr. Harrison resonó en el recinto como un trueno, sombra en las sombras. Era otro espacio. Era la farsa límite, la cobarde osadía de aquel

Organizada por la I. C. «El Brocense»

## DIO COMIENZO LA TEMPORADA TEATRAL

AMPLIO  
PROGRAMA

Con la representación de la obra «Casa con dos puertas, mala es de guardar», de Calderón de la Barca, dirigida por Manolo Canseco, se inició la temporada teatral cacereña patrocinada por la Institución Cultural «El Brocense», de la Diputación Provincial. La representación se realizó en el Teatro-Cine Astoria, de la capital de la Alta Extremadura.

El público se divirtió mucho, ya que la adaptación de Juan A. Castro es buena.

La Institución Cultural «El Brocense» tiene previsto un amplio programa de representaciones. Está previsto traer a Astoria o Gran Teatro a la Compañía de Teatro Clásico dirigida por el extremeño Manuel Canseco.

Para el mes de mayo está programado «El perro del hor-

telano», de Lope de Vega, y «La palaca...», de Quevedo.

Por otra parte, el «Teatro Estable Cacerense», grupo de reciente creación, tiene en cartera diversas representaciones en los pueblos de la geografía provincial con la obra «El romancero gitano», sobre textos de García Lorca.

El grupo de Teatro «Cámara y Ensayo», de Plasencia, llevará por los pueblos la obra «¡Que viva Salomón!», de Francisco Fernández Domínguez.

El Grupo Independiente representará la obra «El gran teatro del mundo», de Calderón de la Barca.

El grupo madrileño «El espólón del gallo», con su obra vanguardista «Historia de una doncella feroz», también recorrerá la geografía provincial.

El presupuesto para estas representaciones asciende a dos millones seiscientos sesenta mil pesetas.

En el próximo número de

**ALCANTARA**

Preguntar no es indiscreto

a  
**JOSE MARIA GRANDE**

**CACEREÑOS QUE TRABAJAN Y COBRAN,  
QUE COBRAN SIN TRABAJAR  
Y QUE NI TRABAJAN NI COBRAN**

Lea esto en el  
próximo número de

**ALCANTARA**

monstruo de las letras que sólo era una voz y por eso era más terrible. Siempre he preferido los dragones que rugen al soplo de la brisa que traiciona un secreto. De un hombre me asusta lo que oculta, no lo que revela.

Empezó la entrevista entre la voz y el eco, un espantoso y árido monólogo en el que Mr. Harrison se presentaba. exponía su naturaleza y estudios, exaltaba sus cargos, enumeraba premios, recompensas y honores, repasaba el índice de su «opera omnia» y remataba —levantando progresivamente la voz— con un recitado del capítulo quinto de «Minotauro», que trata de la caída del imperio romano. Después se hizo la primera pregunta y se contestó condescendiente. Era increíble. Yo tenía erizado el oído, idiotizado por aquella voz que me fascinaba y me repelía. Yo veía venir esa voz casi con los ojos: una voz antigua de travesti rebotando desde atrás a lo largo de inmensas salas sucesivas, voz borracha cayéndose, voz de tedio y de burla que me agredía a través de un megáfono hábilmente camuflado en el ombligo de un buda tibetano, voz sin rostro que me iba matando las réplicas, las posibles matizaciones, los silencios en los que pasa un ángel. Cuando me explicó por qué «Minotauro» era un «best-seller» apócrifo, por qué había provocado la crisis de un gobierno fantasma, por qué había impuesto su ley de terror y de gloria en las cabeceras de la prensa, aventuré —sin fe— una réplica tímida, pero Mr. Harrison me atajó con un gruñido que me hizo rodar del triclinio. «Ya lo sabe usted —bramó en las sombras—. Soy banquero, escritor frustrado. Me rechazaron la primera mala novela. Y quise vengarme. Soborné a la prensa para que publicaran ese infundio. Primero les amenacé. Después les extendí cheques fabulosos. Naturalmente «Minotauro» no existe».

Siguió un silencio como de media hora en el que no pasó ningún ángel y después cantó un pájaro fuera, en lo oscuro. Dudé entonces de todo: de mí, de la vida, de la muerte, del tiempo, de aquella voz perversa, del rostro que devuelven los espejos, de las puertas al viento, de las cartas de amor, de la resurrección de la carne. Vi, al claro de luna que bañaba los ventanales, la nerviosa caligrafía con que había ido transcribiendo ese obstinado y vano soliloquio. Hastiado, pensé en la huida, desandando con la memoria la tediosa secuencia de zaguanes y salas, la puerta principal, la escalinata, la larga avenida de cipreses, la verja, la mirada ya libre volviéndose hacia atrás, contemplando la Generala —yedra y ladrillo— bajo el plenilunio. Una fuerza extraña me retenía.

Oí pasos que se acercaban desde el fondo de la casa sin fin. Alguien avanzaba hacia mí, a través de salones vacíos, sobresaltados por el eco, cada vez más cerca... Por fin, sentí que alguien entraba en la biblioteca, que se acercaba —obstinadamente invisible—, que se demoraba, sin rostro, inclinándose hacia el perfume de un dondiego de noche y giraba luego hacia la zona de las cajas de música.

Cesaron los pasos, pero yo sentía que estaba allí, que era Mr. Harrison, ahora sin voz, devorado por los delirios de su melomanía. Oí cómo iba dando cuerda a las cajas, ese leve chirrido de llavecitas frías girando, ese presagio de que algo iba a ocurrir, de que mil cajas de música están preparadas, se van a abrir, va a empezar el divino estruendo, la serie de melodías encadenadas persiguiéndose, mi desesperación en los oídos, el terror de la huida, el reportaje fabuloso de esa noche en la Generala encerrado con una voz, la fama repentina. Las llavecitas seguían girando. Mr. Harrison las retorció como poseído por un jadeante frenesí. Era el momento. Me dejé resbalar hacia la puerta, avancé a gatas por un largo pasillo desolado, crucé —desandando— puertas y zaguanes. Cuando salí a la noche empezó allá dentro el rumor de las cajas como un oleaje persiguiéndome. Imaginé las manos lívidas de Mr. Harrison levantando las tapas. Miré el reloj. Las doce. Entré en una cabina y llamé a la policía. Se rieron de mí. «Ese chalet está abandonado». Un coche patrulla llegó hasta la cabina. Me llevaron maniatado a través de la noche solitaria. Estoy en el manicomio. Y escribo.

Revista

ALCANTARA

de Cáceres...

Lea

ALCANTARA

Divulgue

ALCANTARA

## de administración local

*Los Plenos de la Diputación*

### SE APRUEBA EL PLAN DE OBRAS Y SERVICIOS 1981, POR IMPORTE DE 2.312 MILLONES DE PESETAS

*Del 13 de marzo al 10 de abril, la Diputación Provincial celebró tres Plenos, en los que se tomaron importantes acuerdos.*

**PRESTAMO  
DE 400 MILLONES  
PARA FINANCIAR  
EL PLAN 1981**

*En sesión extraordinaria, con carácter urgente, se autorizó a la Presidencia para concertar pólizas de crédito con entidades bancarias por valor de 400 millones de pesetas con vistas a financiar el presupuesto de inversiones de 1981.*

*Se concedió un crédito a cargo de la Caja de Crédito Provincial por importe de un millón de pesetas a Peraleda de San Román para realizar el proyecto de la red de distribución de agua.*

**SE PIDE QUE EL PAPA  
VISITE GUADALUPE**

*En el capítulo de comunicaciones, el Presidente de la Diputación, Jaime Velázquez, informó sobre que se ha solucionado el problema de la reducción del presupuesto.*

*Se dio a conocer un escrito de la Facultad de Derecho de la Universidad de Extremadura, agradeciendo la colaboración que la Diputación Provincial de Cáceres viene prestando continuamente a la Universidad extremeña y, de manera especial, a esta Facultad.*

*El Presidente dio cuenta de que la Dirección General de Administración Local ha encargado al Jefe de la Unidad Básica de la Administración Local de Badajoz, la censura de cuentas del Patronato de la Vivienda de la Diputación. La Asociación Profesional*

En rueda de prensa

### JAIME VELAZQUEZ EXPLICA LA OBJETIVIDAD DEL PLAN DE INVERSIONES DE 1981

El día 9 de abril, el Presidente de la Diputación cacereña, Jaime Velázquez, se reunió con los representantes de los medios de comunicación para darles a conocer, por anticipado, el programa de inversiones de los planes provinciales de 1981, cuyo importe se eleva a 2.312 millones de pesetas.

Jaime Velázquez explicó la filosofía de la Corporación a la hora de elaborar

el Plan y explicó que en la programación no se contemplaron ideologías de partidos, teniéndose en cuenta únicamente, el interés de la provincia. Dijo Jaime Velázquez: «Yo, aunque sea de UCD, soy el Presidente de toda la provincia y no debo hacer distinciones sobre el color de cada Ayuntamiento». Para demostrar la objetividad del plan dio cuenta de los porcentajes